

incurrir en un grave error del que, por citar un caso ejemplar, el comunismo soviético de Lenin pretendía salir impune— en las figuras imperiales de los Bonaparte y los fascismos de Mussolini y Franco o en pro de la persistencia de la producción masiva del capital y las oligarquías— como sucedió en la Grecia de Sócrates y Platón con el gobierno de los Treinta Tiranos encabezado por Critias y emplazado en el tribunal ateniense del Areópago, un lugar, como sabemos, marcial por excelencia—, con el sofisticado propósito, cada vez más griego (europeo), de instaurar una nueva república no tan vieja o “volver a pensar en la dictadura como una forma de poder apetecible y necesaria”, e implícitamente constitucional.

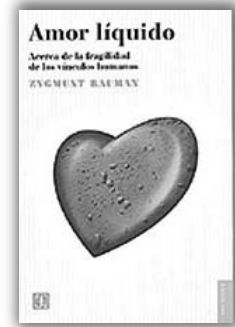
A finales de 2005, el periódico alemán *Süddeutsche Zeitung* anunciaba la rescisión del contrato de publicación de *La democracia* de Luciano Canfora por parte de la editorial Beck Verlag de Munich, un libro que aproximadamente un año antes ya había sido publicado originalmente en italiano y después en español, francés e inglés, en un artículo titulado ‘Antiguos prejuicios y nueva ignorancia’, donde Canfora era tachado de procomunista y proestalinista por omitir los crímenes de guerra de la Unión Soviética y el Gulag de Stalin, elogiar la Constitución soviética de 1936 y obstinarse, si bien estimando a Alemania como “uno de los pueblos más cultos de Europa y tal vez del planeta”, en el régimen ultracatólico de Adenauer, y que pronto se encargaría de confirmar el diario italiano el *Corriere della Sera* en otro artículo titulado ‘La democracia de Canfora prohibida a los alemanes’, calificándolos de provincianos sin remedio. Es difícil no sentirse impotente al escuchar con palabras de cierto alivio que “la historia de todas las revoluciones enseña que cualquier ruptura acaba recomponiéndose antes o después”, pues igual que Canfora se ha visto últimamente acusado, reducido a un instante de libertad del que insiste en alejarnos, por los restos supervivientes de los viejos comunismos y fascismos del siglo pasado en una era bastante más comprometida, y tal vez más ilustrada, por el cambio y el porvenir de la historia, nosotros, sin distinciones ni prácticamente identi-

dad, deberíamos vernos, y movernos, rodeados de menos distracciones que pudieran hacernos susceptibles de restarle demasiado valor al tiempo de libertad que siempre anhelamos en todas partes, en ningún lugar concreto.

Si la historia de la democracia, cuya “única y sustancial condición previa” es el sufragio universal (en 1648, por ejemplo, el derecho al voto en Inglaterra estaba vinculado al origen étnico), no resultara más que un mero ensayo de derechos incluido en un marco cultural de escaso reconocimiento nacional, al que, cada vez más, parece apuntar en la actualidad el creciente imperialismo estadounidense, y nuestras consideraciones al respecto sólo sirvieran para poner de manifiesto la difamación de la libertad en la historia política de Europa, las útiles acotaciones de Canfora a cuanto se ha especulado sobre ello, o se ha dicho equivocadamente, o incluso aún queda por decirse, convergerían en una aspiración común de todas las partes del pueblo de convertirse en ciudadanos, por qué no, “tal vez no ya europeos”, y corroborarían la tesis de que la historia de la democracia —“de hecho, un producto inestable... El dominio (temporal) de los desposeídos a lo largo de un inagotable conflicto por la igualdad”, advierte al final Canfora— es, en efecto, la idea de una historia forzosamente confabulada contra Occidente por nosotros mismos, los propios occidentales.

¿Es la democracia un recurso para alcanzar aquello que conlleva un poder excesivo y no la regla fundamental del poder en que puedan verse representados todos los pueblos? ¿Hay algo más democrático que la monarquía? ¿Puede surgir, por decirlo así, una democracia ofensiva, o de contraataque? ¿muy parecida, por cierto, a la complejidad de la Alemania democrática que reunía según Canfora al ejército, a la burocracia y la monarquía?, capaz de subordinar el desarrollo económico a la expresión de la libertad o de sortear las desigualdades entre los hombres gracias al voto incondicional, o la voluntad general, de las facciones enfrentadas por fraguar un consenso más allá de las reticencias de cualquier forma de comunicación? ¿Podemos,

y debemos, contentarnos con salir del paso del presente sin fijar la vista en un horizonte por el que llegar a ser más que un pueblo? ¿Es posible vivir civilizadamente mientras somos conscientes de la inaccesibilidad a la libertad a la que está sujeta la democracia?



## MÁS DESORDEN AMOROSO

ZYGMUNT BAUMAN

### Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos

(trad. de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, 2005).

David P. Montesinos

El mayor *choque cultural* de mi vida lo recibí en un país tan poco exótico para nosotros como Cuba. Entendí por qué se dice que los cubanos son los mejores mecánicos del mundo: jamás cambian una pieza. Dado que no disponen de repuestos —precariedad y bloqueo obligan— han de ingeniárselas para mantener durante décadas vehículos y otros artefactos, lo que ha determinado ese peculiar carácter de museo automovilístico viviente que tienen las calles de La Habana. Lo que tiene de milagrosa esa resistencia a la desaparición, lo que puede haber de amoroso —casi erótico— en la relación del cubano con su viejo coche, está a una distancia intolerable de nuestra condición de *homo consumens*, cuyo designio es interesarse por objetos presuntamente seductores que no tardará en desear sustituir, en una lógica del uso y desecho que jamás encuentra satisfacción. “Después de todo, autos, computa-

doras o teléfonos celulares perfectamente usables y que funcionan relativamente bien van a engrosar la pila de desechos con pocos o ningún escrúpulo en el momento en que sus *versiones nuevas y mejoradas* aparecen en el mercado y se convierten en comida de todo el mundo. ¿Acaso hay una razón para que las relaciones de pareja sean una excepción a la regla?” (p.29). Así, podemos aceptar que en el taller de barcos sustituyan las piezas que no funcionan, “pero en la balsa de una relación no hay piezas de repuesto” (p.32).

El desorden amoroso parece haberse convertido en un tema filosófico recurrente. El polimorfismo de las relaciones —lo cual abarca también, por supuesto, a la organización familiar— lanza la sugestiva apuesta de convertir la pareja en una aventura en el sentido más puro de la expresión, pero también rodea la empresa con sombras de amenaza. Y es que el amor no iba a librarse del fantasma omnipresente de la precariedad que lo invade todo, esa Era Técnica que advertía Heidegger —reinventando el nietzschano “nihilismo a las puertas”—, en la cual la Metafísica encontraba su última determinación desrealizando su lógica de lo estable y lo espiritual en la rueda interminable de utensilios y cachivaches que se relevan sin sentido unos a otros, como la moda, como la electrónica, como la liga de fútbol, como los concursos de belleza, como los criterios gastronómicos...

Es el tiempo del hombre sin atributos, ese habitante de la modernidad líquida que tiene que ingeniárselas para establecer todos sus lazos, sabiendo que éstos se encuentran de antemano condenados a una próxima extinción. Por eso hay tentativas de crear una verdadera *tecnología de las relaciones*. En busca de la cuadratura del círculo, las personas quieren degustar sin probar las cáscaras amargas, obtener el poder de la relación sin que el compromiso y la dependencia las debiliten. Las relaciones virtuales, en las que siempre es posible apretar la tecla *delete*, serían el epítome de este nuevo modelo. Igualmente paradigmática del tipo de socialidad líquida que va articulando la Galaxia Internet es para

Bauman la “comunidad de ocasión”, generada en torno a eventos, o la “comunidad de fans”.

Es de ingenuos creer que sabemos de amor más que nunca. Como esos jóvenes que, protestando contra el precio de las bebidas alcohólicas a través de bárbaros *Botellones*, están vertebrando su rebeldía desde la condición de consumidores, los amantes estamos proyectando a nuestras relaciones —y a nuestra elección de familia— la condición de “consumidores expertos” (p.62). En los tiempos de la tarjeta de crédito, tal cosa tiene efectos devastadores sobre las zonas intermedias y equívocas de la seducción y los preliminares: el deseo no admite dilación. Los viejos procesos de sublimación quedan desreglados en un momento en que la represión ya no tiene sentido y es sustituida por la sugestión publicitaria de los nuevos fetiches de deseo.

Bauman no puede evitar conducir el afluente temático de las relaciones personales hacia el problema del amor al prójimo y la viabilidad del mundo global, es decir, necesita llegar al río del concepto que atraviesa todas sus últimas obras: la comunidad. En una novedosa —y creo que justa— reivindicación del anarquismo, Bauman denuncia el vaciado de *pouvoirs intermediaires* (acordémonos siempre de Alexis de Tocqueville) que opera el Estado moderno para propiciar un control total de la vida humana (eso es a fin de cuentas la base del totalitarismo, en cuyo abuso cayeron también los marxistas). Esa vocación de Bakunin y los demás de recuperar el viejo espíritu de autogestión comunal es lo que abre en la rutina jerarquía de la *societas* el respiradero de la *communitas*, ambigua y anárquica y, por ello, refractaria a la cosificación. Pues bien, la sociedad de consumo es el nombre de la última ofensiva de la *societas* contra la *communitas*.

Así, alejados de una realidad que se ofrece en forma del bombardeo mediático de noticias impactantes, ignorantes de una realidad local que ha dejado de parecerles su nicho ecológico, los residentes urbanos de clases pudientes destilan una creciente ansiedad hacia los extraños que Bauman bautiza como “mixofobia”. Cada vez más vallas, más espacios de segrega-

ción, cada vez más demanda de seguridad produciendo en favor del vendedor aquello que reproduce *ad infinitum* dicha demanda. En ese contexto, el amor al prójimo —vertido en los recipientes de las organizaciones solidarias y la indignación impotente ante el telediarío— se licua como nunca. No le resulta difícil hervir en sentido contrario contra los extranjeros y los refugiados, esa metáfora del mundo vuelto precario que encarna la “mala extraterritorialidad”, la de los cruces ilegales y peligrosos de frontera, las pateras, los sin papeles, los campos de refugiados que son por naturaleza transitorios y se hacen permanentes... Nada que ver con la extraterritorialidad *cool* de los ganadores, los inversores que se desplazan rápida, eficaz y epidérmicamente por la aldea global.

Zygmunt Bauman es un viejo judío nacido en 1925. Polaco, inglés, israelí, huyó de Hitler y regresó a su país, pero también los estalinistas le persiguieron por judío y fue a parar a Inglaterra, donde vive actualmente. Pertenece a esa línea de filósofos europeos de raza que desde Adorno hasta Agamben ha tenido el coraje de pensar la *Shoah*, hasta el punto de convertir Auschwitz en una categoría filosófica, el punto arquimédico desde el que se hace posible —o imposible— todo nuevo discurso filosófico. Cree firmemente en la necesidad de mantener el legado de Europa como aventura del pensamiento, el aprendizaje de los errores y la autocrítica. Es preciso consultar su obra anterior y esperar nuevos ensayos, ya que con más de ochenta años atraviesa su momento más prolífico y brillante.